

Crisis, debates y retos en la construcción de las teorías sociológicas

Algunas consideraciones sobre la crisis del positivismo y de los «consensos ortodoxos»

Tirso Molinari

Emilio Lamo de Espinosa, en su libro *La sociedad reflexiva*, enfatiza en aquella no autocomplacencia que ha caracterizado a la historia de la sociología.¹

Para el autor esta no complacencia es una necesidad y una virtud, pues siendo hija de la modernidad, con todas sus contradicciones, desgarramientos y ambigüedades, la sociología siempre compulsó aquella inseguridad vitalista que caracteriza en sí a la modernidad. De no hacerlo, la sociología se hubiese diluido entre dogmatismos e inútiles seguridades, a su vez, incompatibles con la propia complejidad de lo social y con la permanente necesidad de la duda y de la crítica que alimentan el propio y resbaladizo devenir del pensamiento moderno.

Es decir, la construcción de las orientaciones teóricas y de las escuelas teóricas se ha ido dando desde la vitalidad y al calor de los debates y las críticas y eso ha sido muy enriquecedor, pues a través de estos han ido surgiendo diversas perspectivas interpretativas ansiosas de mayor rigor, profundidad y multilateralidad. Desde ese panorama también se ha ido asumiendo lo inevitable de los límites cognitivos y de la necesidad de la prudencia frente a aquello que se ha hecho cada vez más evidente: la enorme complejidad de la vida social.

Es así como nos seguimos encontrando con aquellas reiteradas y periódicas crisis de lo que podríamos denominar consensos fáciles y, sobre todo, de fáciles convicciones en la sociología.

Estas crisis, lejos de suponer una novedosa y fatalista «crisis de paradigmas», en cuyo supuesto derrotero se vislumbra una suerte de tanático vacío, resultan ser la expresión de lo que Giddens consideraba ya en 1979 una crisis de los denominados «consensos ortodoxos» en sociología.²

Es decir, ya no es posible aferrarse a tal o cual modelo interpretativo, aparentemente premunido de virtudes excepcionales o cuasi mesiánicas sea este el estructural-funcionalismo o el marxismo.

1 Emilio LAMO DE ESPINOSA: *La sociedad reflexiva*. CIS. Madrid, 1990.

2 Anthony GIDDENS: *Central problems in social theory*. Ed. McMillan. London, 1979. Fernando GARCÍA SELGAS: *Teoría social y metateoría hoy. El caso de Anthony Giddens*. CIS. Madrid, 1996.

Pero la crisis de «consensos ortodoxos» va más allá, pues tampoco es posible aferrarse de manera excluyente a cualquier sucedáneo o alternativa teórica ensimismada, sea esta excluyentemente estructural o excluyentemente de la acción.

Es más, aquella crisis de los denominados «consensos ortodoxos», que se hace más evidente en la década de 1980, pero que se inicia mucho antes, en la década de 1960, cuestiona dramáticamente aquel gran y singular esfuerzo analítico de Talcott Parsons por integrar –pero desde esa suerte de sistema de relojería holístico-funcionalista– perspectivas tanto estructurales como perspectivas de la acción; en el caso del marxismo aquella crisis involucrará no solo a la versión estructuralista-althusseriana, desde la cual se diluyen radicalmente los sujetos, sino también a las propias resignificaciones de matriz tanto gramsciana como lukacsiana, encerradas en el laberinto de su propio ensimismamiento, así como al agudo pero muy economicista intento latinoamericano conocido como «teoría de la dependencia».

Desde la crisis de aquellos «consensos ortodoxos», reaparecen esos saludables y necesarios vientos de la crítica y de la duda, que reiterada y periódicamente han ido enfrentando y cuestionando los cómodos intentos de instalación de seguridades ensimismadas y cuasi oficiales en la interpretación sociológica.

Crítica y debates que han puesto en serio cuestionamiento a la propia razón instrumental, heredada de las ciencias naturales, desde toda una racionalidad comunicativa que epistemológicamente se ha venido abriendo paso desde la intensidad de tales y necesarias controversias teórico-sociológicas. Es decir, lo que hoy se presenta como una novedosa «crisis de paradigmas» en sociología tiene importantísimos antecedentes a lo largo de la historia de nuestra disciplina y en íntima relación con la propia dinamicidad sociocultural.

La primera gran crisis la encontramos en el contexto de las contundentes alternativas epistemológicas que estableció la sociología alemana clásica al naturalismo y objetivismo positivista.³ Esta crisis fundamental e imprescindible se generó principalmente desde las propuestas de Weber y Simmel, quienes asumieron críticamente los esfuerzos epistemológicos de los filósofos neokantianos Dilthey, Rickert y Windelband frente a la especificidad de lo social y que los llevó a concebir la sociología como ciencia cultural y comprensiva, así como disciplina cognitiva a la vez ideográfica y nomotética.⁴

Así, las rígidas «leyes sociales», el determinismo externo sobre el sujeto, el realismo objetivista y la explicación neonaturalista pierden gravemente legitimidad en cuanto formas sociológicas de razonar, en el quehacer sociológico ya en las primeras décadas del siglo xx.

3 Max WEBER: *Ensayos de metodología sociológica*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 1977.

4 Max WEBER: *Escritos políticos*. Joaquín ABELLÁN, compilador. Estudio preliminar de J. ABELLÁN. Alianza Editorial. Madrid, 1991.

Asimismo y desde la sociología alemana clásica se cuestiona también la improcedencia de los reduccionismos y determinismos económicos y/o económicos-políticos que promovían las derivaciones del marxismo alemanas y rusas .

Estas derivaciones condujeron a toda una concepción esencialmente positivista de aquel «marxismo oficial» y que compartía con el positivismo clásico su concepción de las «leyes sociales», del realismo racionalista y objetivista y del determinismo externo sobre los sujetos, así como toda una perspectiva explicativa que diluía toda posibilidad comprensiva o interesada en la intersubjetividad que media las relaciones sociales, así como en el interés en las identidades simbólicas de los sujetos y en la construcción social desde la cotidianidad.

«Marxismo oficial» alejado radicalmente del «Marx joven» y de sus aportes fundamentales para la sociología del conocimiento, así como del propio «Dieciocho brumario de Luis Bonaparte», en el cual se puede apreciar la intensidad de actores activos, el entramado de las fracciones de clases, la especificidad del poder político así como una serie de rasgos de la cultura popular en relación a las más burdas condiciones de la manipulación clientelística.

Sin embargo, y casi paralelamente, otro pensador clásico establecía también distancias con el positivismo, aunque con menos contundencia: el propio Emilio Durkheim, quien con su énfasis en los «hechos sociales inmateriales» (conciencia colectiva, representaciones sociales y actitudes colectivas) y con su singular preocupación por los ámbitos simbólico-colectivos, establece un puente con los aportes sociológicos-comprensivos que se dinamizaban en Alemania, no obstante sus límites unilateralmente macro estructurales.⁵

Así pues, como se observa, fueron dos grandes crisis: en las primeras décadas del siglo XX, la crisis del neonaturalismo positivista y, a su vez, la primera confrontación con aquella derivación objetivista y reduccionista del marxismo; y entre los años 60 y 80, la crisis de los «consensos ortodoxos» tanto estructural-funcionalista como marxista. Pero en medio de esas dos grandes crisis, se sucedera una serie de crisis internas en las diferentes orientaciones teóricas que desembocarán en el reto por construir paradigmas integradores tanto de la lógica de actores como de la lógica estructural.

Sin embargo, es necesario resaltar que la crisis del positivismo, derivada de la sólida afirmación de la propuesta epistemológica comprensiva y teniendo como eje de tal afirmación a Weber, es no solo fundamental sino también clave en la construcción de las bases de una sociología capaz de acceder a la especificidad de lo social, es decir, concatenadamente a sus ámbitos externos e internos, en cuanto las relaciones sociales y sus mediaciones intersubjetivas.

5 Edward TIRYAKIAN: «Emile Durkheim», en *Historia del análisis sociológico*. T.BOTTOMORE y R. NISBET, compiladores. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1988.

De allí, la importancia esencial de la comprensión del sentido y de los motivos de acción en las relaciones sociales y de allí también la importancia esencial de la crítica y reflexión weberiana sobre aquel eje cultural de la modernización: la racionalidad instrumental y su cada vez más sofisticada «jaula de hierro». Y esto, no solo como característica cultural fundamental en la sociedad moderna sino como característica fundamental en el propio pensamiento moderno, cuyo corolario sociológico deriva en aquel racionalismo positivista.

De allí que aquella segunda gran crisis, la de los «consensos ortodoxos», recoge también nuevos y mayores argumentos de aquella inicial pero radical alternativa frente al positivismo.

El período intermedio entre las dos grandes crisis incubará las más audaces búsquedas teóricas, en cuanto creatividad y profundidad, y supondrá deslindes cada vez más insospechados que posteriormente harán insostenible la seguridad y la ortodoxia teórica establecida, cuya fragmentación está ligada a los complejos procesos de construcción social que tan agitadoamente, aunque con desigual intensidad, se experimentan en esos primeros sesenta años del siglo XX.

Sin embargo, y casi paradójicamente, será el propio Talcott Parsons que en su monumental libro *La estructura de la acción social* hará más que explícito el inconformismo y el rechazo radical al positivismo comteano y spenceriano y, a su vez, propondrá formalmente, por primera vez, un modelo interpretativo-sistémico desde el cual pretende integrar la perspectiva comprensiva de Weber y la perspectiva de actores de Pareto con la perspectiva estructural de Durkheim.⁶

Así pues, la influencia weberiana de Parsons, de este «primer Parsons», será decisiva para aquel radical deslinde con el positivismo y desde allí para la propia propuesta de un modelo teórico integrador acción-estructura, desde el cual epistemológicamente quedaba clara la especificidad comprensiva de la teoría sociológica.

Pero lo paradójico está en que Parsons terminará construyendo un *establishment* teórico a partir de 1951 en su libro *El sistema social*; su propio inconformismo lo llevará, aunque desde su infatigable afán de rigor, a un cerrado y holístico conformismo funcionalista liderando verticalmente uno de esos dos «consensos ortodoxos», lo cual estallará no solamente por lo implacable de muchas de las críticas, aunque algunas de aquellas más ideologizadas que rigurosas, sino también por la explosión de movimientos sociales, la crisis de la familia nuclear-convencional, la revolución sexual y la proliferación de actores cada vez más inconformistas y ambiguos en la propia Norteamérica.

Entre la década de 1930 y 1970 se fueron incubando tanto en Europa como en Norteamérica diversas perspectivas teóricas que no solo constituyeron nuevos aportes, sino también, y sobre todo, importantes deslindes. Es así como aparecen la *fenomenología sociológica* de Alfred Schutz, los *interaccionismos simbóli-*

6 Talcott PARSONS: «La estructura de la acción social». Ediciones Guadarrama. Madrid, 1968.

cos de Mead, Blumer y Goffman, así como la *etnometodología* de Harold Garfinkel, la *teoría de las redes sociales* de Mark Granovatter y la propia versión estructural-funcionalista de Robert Merton, quien con su crítica a las perspectivas holísticas y su propuesta de las teorías de medio alcance será un serio factor para la crítica a Parsons al interior del propio estructural-funcionalismo.

Y por el lado del marxismo, fuera del campo institucional de la sociología y ya en la década de 1920, pensadores como Gramsci y Lukács intentan romper con aquellas interpretaciones economicistas y cuasi positivistas del «marxismo oficial» derivado de aquel «Marx maduro», tan enfático en la lógica del capital y que opaca aquella enorme vitalidad antropológica-filosófica del «Marx joven» y sus fundamentales aportes con las temáticas de la alienación, de la reificación y de la ideología, lo que inevitablemente da pie a una teoría que, bajo la impronta de la economía política clásica británica, redujo lo social a lo económico y a lo político.

Así, Gramsci y desde el propio marxismo, empero rechazando «inexorabilidades históricas» y enfatizando en la acción y en las voluntades colectivas, se rebeló emblemáticamente contra *El Capital*, con relación a sus derivaciones «...deterministas, fatalistas y mecanicistas», que según el pensador italiano: «... se habían contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas».

Mediante estas críticas, Antonio Gramsci buscó acceder, por ejemplo y con mucha intensidad, a las más vitales dimensiones de la cultura y especialmente de la cultura popular.⁷

Así pues, entre el deslinde con el positivismo y las décadas de los 60 y 70 en que estallan aquellos consensos ortodoxos, los debates teórico-sociológicos son cada vez más intensos, lo que genera todas esas «crisis de crecimiento» al interior de las distintas orientaciones teóricas que han caracterizado a la historia de las teorías sociológicas. Y todo eso supuso unos hitos caracterizados tanto por el inconformismo y el más serio afán de rigor.

Así, en la década de 1930, se experimenta la primera crisis al interior de la sociología comprensiva cuando, en 1932, Alfred Schutz publica su también monumental *Fenomenología del mundo social*, con la que se abre todo un agudo debate que enfrenta, aunque parcialmente, a Schutz con la obra de Max Weber.

Pero al tratarse de una crítica al interior de la perspectiva epistemológica comprensiva, ésta se hace en aras de la búsqueda de un mayor rigor en la interpretación de la acción social y de la vida cotidiana en cuanto su especial importancia en la construcción social, así como en lo referente a la diversidad de construcciones sociales y a la especificidad de las mediaciones tanto intersubjetivas como intercomunicativas de las relaciones sociales.⁸

7 Antonio GRAMSCI: *Antología. La revolución contra El Capital*. (5-1-1918). Siglo XXI Editores. México, 1978.

8 Alfred SCHUTZ: *Fenomenología del mundo social*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1972.

Asimismo, ese primer deslinde intracomprendido no culmina en las propuestas críticas de Alfred Schutz, pues este debate se revitaliza con la propuesta etnometodológica de Harold Garfinkel a finales de la década de 1960.

Garfinkel, desde su propia ruta teórica influida por Schutz pero también por los interaccionistas simbólicos, insiste en la precisión microsociológica y muy vital de lo cotidiano y sus contextos de significación y de sentido común y, desde allí, en sus expresiones intersubjetivas e intercomunicativas en cuanto soportes de la vida social, y enfatiza en el panorama de los sujetos tanto en sus ambigüedades como, sobre todo, en la lógica de las voluntades así como en sus esfuerzos de acción y negociación cotidianas.

Garfinkel cuestiona, de una manera aún más radical, los límites y rigideces de las perspectivas teóricas macro-estructurales involucrando así críticamente, y ante la vitalidad de lo cotidiano y el carácter activo de los sujetos, por ejemplo, a los enfoques deterministas de la racionalidad instrumental-burocrática.⁹

Así pues, en ese horizonte que va de la década de 1930 a la década de 1970, las no complacencias y los agitados debates en la construcción de las teorías sociológicas nos remiten a esos caminos, tanto propios como rebeldes, que se fueron expresando en casi todo el panorama de las orientaciones teóricas.

Ese es el caso también del interaccionismo simbólico, desde el cual se establecen diferentes vías que parten de George Mead, quien distanciándose de Robert Park y la Escuela de Chicago, incorpora a su interaccionismo comprensivo aquel primer «giro lingüístico» desde la influencia que recibe del pragmatismo filosófico de James y Dewey.

Posteriormente, tanto el interaccionismo de Blumer como el interaccionismo estratégico-dramatúrgico de Goffman, influido decisivamente por la fenomenología sociológica, tendrán sus propios rumbos.¹⁰

Asimismo y, paralelamente, desde la matriz marxista pero fuera del «marxismo oficial» y en confrontación con ella, aparece la denominada «Escuela de Frankfurt» o «Teoría crítica de la sociedad» con pensadores como Marcuse, Adorno, Horkheimer y Benjamin que, no obstante sus propias contradicciones internas, coinciden en su búsqueda de integración teórico-crítica los aportes de Marx con los aportes weberianos y psicoanalíticos y que desembocarán, post década de 1960, en la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas, quien con sus

9 Harold GARFINKEL: *Studies in ethnomethodology*. Ed. Prentice-Hall, 1968. Alain COULON: *La etnometodología*. Ediciones Cátedra. Madrid, 1988. John HERITAGE: «Etnometodología», en *La teoría social hoy*, A. GIDDENS y J. TURNER, comp. Alianza Editorial. Madrid, 1990.

10 George MEAD: *Espíritu, persona y sociedad*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1972. Herbert BLUMER: *Interaccionismo simbólico*. Ed. Hora. Barcelona, 1982. Erving GOFFMAN: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 1971. Erving GOFFMAN: *Relaciones en público. Microestudios del orden público*. Alianza Editorial. Madrid, 1980. Erving GOFFMAN: *Ritual de la interacción*. Ed. Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires, 1971. Juan José CABALLERO: *La interacción social en Goffman*. REIS. N° 83. CIS. Madrid, 1998.

propias incorporaciones fenomenológicas e interaccionistas contribuirá en la necesaria crisis de los «consensos ortodoxos».¹¹

Entre las décadas de los sesenta y los ochenta, el marxismo con todas sus controversias y disidencias teóricas y el estructural funcionalismo de aquel «segundo Parsons», deslizado ya desde *El sistema social* hacia un segundo modelo integrador desde el cual, y bajo la hegemonía funcionalista y ya muy rígidamente, Durkheim, Malinowski y Freud habían ubicado en un segundo plano a Weber, se topan con aquel «politeísmo de los dioses» que anunciaba ya pioneramente Weber, rechazando por ingenuos, al igual que Nietzsche, las exclusiones ensimismadas, las certidumbres neoneaturalistas y las cerrazones racionalistas y etnocéntricas. Inevitable «politeísmo de los dioses», entendido y retomado por Lyotard con aquel anunciado «fin de los metarrelatos» y desde su polémico libro *La condición postmoderna*.¹²

Es decir, aquellos «consensos ortodoxos» en sociología se encuentran con una nueva pero más explosiva ruptura de las complacencias y seguridades teóricas, incapaces ya de mantener un *establishment* teórico excluyente y ensimismado dada toda esa irrupción de las más diversas, audaces y agudas formulaciones teórico-críticas.

Así, a finales de la década de 1970 y los primeros años 80, se abre una nueva etapa tanto de construcción como de deconstrucción teórica-sociológica. De ahí la especial importancia que desde ese contexto crítico y desde sus labores de deconstrucción y construcción teórica integradora adquieren autores como Bourdieu, Giddens, Habermas, Touraine, Coleman y Lhumann.

Sin embargo, a finales de la década de 1960, Peter Berger y Thomas Luckmann, en la introducción de su importantísimo libro *La construcción social de la realidad* insinuaban ya esa imprescindible necesidad deconstructiva, crítica y revalorizadora de los clásicos, para esa tarea integradora que más tarde se inicia sobre los fragmentos de aquellos «consensos ortodoxos».

Berger y Luckmann sobre la base de una ruta propia, pero cuestionando la perspectiva teórica de Parsons y asumiendo su importantísima vocación integradora, proponían construir una nueva sociología del conocimiento, claramente incluyente y abierta, sobre la base fundacional del «Marx joven» con su dialéctica entre el ser y la conciencia y desde el impacto del mundo de la vida cotidiana y los constructos de primer orden aportados por Schutz, así como desde los aportes de la perspectiva de Mead sobre su concepción de la socialización, relacionada a esa intercomplementariedad entre el yo social y el yo activo, así como también desde

11 Jürgen HABERMAS: *Teoría de la acción comunicativa*. Ed. Taurus. Madrid, 1987. Patrick BAERT: *La teoría social en el siglo XX*. Capítulo 6. Alianza Editorial. Madrid, 2001.

12 Guillermo ROCHABRÚN: «La ciencia según Weber y Lyotard. Una comparación», en *Debates en Sociología* N° 22. PUCP, Lima, 1998. Jean Francois LYOTARD: *La condición posmoderna*. Ed. Cátedra. Madrid, 1994.

los esenciales aportes referentes a lo intersubjetivo de Weber y lo objetivo-estructural de Durkheim.

Precisamente, Berger y Luckmann establecen enfáticamente lo siguiente: «... la sociedad posee facticidad objetiva y la sociedad efectivamente está construida por una actividad que expresa un significado subjetivo. Y, de paso sea dicho, Durkheim sabía esto último así como Weber sabía lo primero...».¹³

Así, sobre todo Bourdieu con su constructivismo estructuralista, Giddens con su teoría de la estructuración, Habermas con su teoría de la acción comunicativa y Luhmann con su perspectiva sistémica, han trascendido en estas dos últimas décadas, pues toman desde su propia creatividad y caminos esa posta que desde la crítica de los consensos ortodoxos y excluyentes propone nuevos retos y nuevas alternativas teórico-integradoras que inevitablemente serán siempre polémicas.¹⁴

Retos integradores, entre la lógica estructural y la lógica de la acción así como entre la lógica tanto de la integración, del conflicto y de la ambigüedad, que suponen puertas abiertas y entradas multidimensionales para aproximarnos a la complejidad de lo social y que necesariamente deben permanecer siempre abiertas para nuevas y más rigurosas interpretaciones sociológicas, pues esa es la condición de la ciencia y en particular de la ciencia social desde la complejidad de su propia especificidad epistemológica-cultural.

Es decir, esa inevitable e imprescindible apertura sociológica está esencialmente relacionada a la dinamicidad de la vida social, así como a la propia dinamicidad de las perspectivas y sensibilidades en las construcciones teóricas.

Siguiendo a uno de los pioneros en la construcción epistemológica de la sociología como disciplina cultural, Wilhelm Dilthey, la comprensión requiere de sensibilidad, de poiesis, de una «alma ágil», de vivencia; de aquella vivencia, sensibilidad y «alma poética» que, por ejemplo, poseía José María Arguedas y que le permitía comprender lo que los investigadores sociales, en lo esencial positivistas, ignoraban en medio de su sabiduría y que se evidencia en esa dramática mesa redonda del IEP en 1965.¹⁵

13 Peter BERGER y Thomas LUCKMANN: *La construcción social de la realidad*. Introducción y cita: p. 35. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1979.

14 Pedro CASTÓN BOYER: «La sociología de Pierre Bourdieu». CIS-REIS. N° 76. Madrid, 1996. Antonio ÁLVAREZ SOUSA: «El constructivismo estructuralista. La teoría de las clases sociales en Pierre Bourdieu». CIS-REIS. N° 75. Madrid, 1996. Pierre ANSART: *Las sociologías contemporáneas*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1992. F. GARCÍA SELGAS: «Teoría social y metateoría hoy. El caso de Anthony Giddens». *Op. cit.* Patrick BEART: «La teoría social en el siglo XX». *Op. cit.* Philippe CORCUFF: *Las nuevas sociologías*. Alianza Editorial. Madrid, 1998.

15 Carmen María PINILLA: *Arguedas. Conocimiento y vida*. Ed. PUCP. Lima, 1994. Wilhelm DILTHEY: *Introducción a las ciencias del espíritu*. Alianza Universitaria. Madrid, 1980.